

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 24 DE AGOSTO DE 1924

NÚM. 20.458



ACCIDENTE DE CAZA, dibujo de Agustín

A OCHO DIAS VISTA

La Iglesia y las modas

A la zaga, en esta ocasión, del episcopado italiano, lo cual hace suponer que la voz de mando viene de más alto, los obispos franceses acaban de pronunciarse contra la moda del indumento femenino. Pero como no estamos en los tiempos de Savonarola, esos discretos príncipes de la Iglesia se contraen a pedir a la mujer que entre en el templo menos ligera de ropa que en el teatro. La admonición no puede ser más templada. En este caso, la Iglesia da pruebas de esa sagacidad que no se adquiere más que en el confesionario. ¿Para qué reñir batallas que, por lo desproporcionado de las fuerzas, condenan de antemano a la derrota al beligerante que ha roto las hostilidades? La mujer, desde que se siente núbil, y a veces desde antes, no tiene mas que una aspiración: gustar, o, mejor dicho, seducir. Las más honestas, aunque hayan llegado a una edad que parece sustraerlas a ciertas ilusiones, no se despiden definitivamente de aquella pretensión. Son tan enteras de ánimo, que ni aun la amenaza de las torturas del infierno las hace romper con las modas. Eso lo saben mejor que nadie los doctos varones que las aleccionan y corrigen desde el púlpito y el confesionario. ¿Qué se ganaría, pues, amonestándola con excesiva severidad? Impotente para conseguir lo más, la Iglesia se contenta con lograr lo menos. Ya no pretende que la mujer no vaya medio desnuda por la calle, ni trata de apartarla del uso inmoderado de los afeites y los retoques artificiales. Con que no vaya a la Casa de Dios como al baile, se da la Iglesia por satisfecha. ¿Se puede llevar más lejos el espíritu de tolerancia? Hay que felicitarse, además, de que en esta materia lleve la voz cantante el episcopado italiano, que es, según parece, por razones que ahora diré, el más indulgente de todos. El clima y la tradición estética conspiran para que en Italia las costumbres femeninas sean más licenciosas que en otras partes. Un pueblo saturado de arte, que no ha comprendido nunca la religión despojada de cierto fasto pagano, está muy propenso a buscar a Dios, no en la región espiritual que escalamos con el pensamiento, sino a través de la belleza, o sea por la vía de los sentidos. Para ese pueblo la belleza es un atributo inalienable de la divinidad. El Supremo Hacedor no es solamente el soberano del cielo que nos espera después de la muerte, sino también el arquitecto de la tierra que habitamos en vida. Desdeñar los encantos que ha puesto en el mundo para nuestro recreo, sería casi ofenderle. No hay que confundir, pues, el ascetismo, que está muy bien en Ávila o en Soría, con el misticismo, que es un febril anhelo de acercarse a Dios, compa-

tible con un moderado apego a ciertos placeres con que nos brinda la Naturaleza. Un pueblo de tradiciones artísticas tan opulentas como Italia, llega más a menudo a la exaltación ideal del misticismo que al sacrificio puramente ascético que supone el renunciamiento a todos los goces materiales. ¿Qué arrebatos de sensualidad puede sentir nadie en Segovia o en Cuenca? Todo lo que nos rodea en ciertos lugares de adusto paisaje, en los cuales parece como que la Naturaleza no ha querido demostrarnos mas que su avaricia, inclina el ánimo a la tristeza y al desapego de lo terrenal. ¿Cómo no ha de suspirar por el cielo el ser humano que no ve en todo el horizonte nada que encante sus ojos? Lo difícil es sentirse asceta en Florencia, en Venecia o en Nápoles, donde el aire parece, por su suavidad, cómplice del deseo de gozar, y donde no hay piedra en la cual no haya puesto el tiempo un poco de esa gracia que emana del arte. Eso no quiere decir que Dios prefiera la oración del creyente que se dirige a El desde Ávila a la fe del que le implora desde Venecia. No. Nuestro Padre Celestial no se para en esos mezquinos distinguos. Si se detuviera en ellos, lo más probable sería que estimase más la devoción del que se acuerda de El desde una ciudad, que es, por sus bellezas, un foco de tentaciones, al culto que le consagra el que vive aburrido en un páramo. No tiene gran mérito en pasar desde la bohardilla con todas sus estrecheces, al ascetismo. Lo meritorio es renunciar, como Marco Aurelio, a la pompa imperial para vivir con la sobriedad de un campesino.

Según parece, las modas italianas son más atrevidas que en otras partes. Eso reconoce dos causas de origen: una, la supervivencia del paganismo, que es una especial interpretación de la vida, y otra, el influjo del arte sobre las costumbres femeninas. Decir paganismo es dar a entender amor ilimitado a las cosas que nos rodean, susceptibles de comunicarnos un placer. La acción del arte, aunque sea menos directa, no es por eso menos segura. De esas dos influencias complementarias, la primera engendra en la mujer el deseo de gustar, y la segunda educa sus medios de lograrlo. He ahí por qué el episcopado italiano, que conoce lo que pueden la raza y la cultura sobre un pueblo, es de una cierta indulgencia con los excesos a que conduce la moda a la mujer de

aquel país. ¿Cómo podría oponerse ella a la fuerza de esas dos tendencias tan vivaces en la atmósfera espiritual italiana? De Francia pudiera decirse algo parecido. En todo pueblo muy laboreado por la cultura se siente intensamente el placer de vivir, y como el hombre no conoce otro medio de ser dichoso que el de conquistar a la mujer, y ésta pone toda su ambición en gustar al hombre, esa coincidencia de aspiraciones se refleja en las costumbres. Ha habido épocas en las cuales la mujer creía que con ocultarlo todo despertaba mejor el entusiasmo masculino. El tenerle al acecho de unos encantos que ella recataba cuidadosamente, era ya un artificio de triunfo. Entonces, descubrir la belleza de la mujer en toda su integridad era para el varón como descubrir un ignorado continente. Ahora, por el contrario, la mujer confía más en el éxito de lo que enseña que en el de lo que recata. ¿Y quién conoce mejor que el cura esas variaciones de la psiquis femenina? El confesionario es como un observatorio del mundo moral, desde el cual se descubren hasta los más pequeños asteroides de ese sol llamado amor, que ilumina siempre el alma de la mujer. Pero la Iglesia, que es todo sabiduría y toda experiencia, sabe que nada dura en la tierra y que detrás de la moda, que lo exhibe todo, vendrá la moda que lo esconderá todo. Cuando esa tornada de la frivolidad se produzca, la mujer no será probablemente más virtuosa que ahora; pero el episcopado se ahorrará el trabajo de exhortarla a que no entre en el templo tan ligera de ropa como en el *dancing*. Y eso habrán ganado los discretos príncipes de la Iglesia.

El práctico de La Coruña

Hace algunos años, la entrada en aquel puerto era arriesgada en días de mar gruesa y de cerrazón para buques de cierto calado. Ignoro si después acá el paso ha venido a quedar libre de escollos; pero recuerdo que en la época en que yo estuve en La Coruña los barcos tenían que permanecer fuera del abra: al paio, si eran de vela, o aguantando sobre sus calderas, si eran de vapor, a la expectativa del práctico. Por entonces, la Comandancia de Marina de aquel puerto tenía a sus órdenes dos expertos lobos de mar, curtidos en el oficio, los cuales, en cuanto un buque estaba a la vista, le facilitaban la entrada con su pericia. Pero ocurrió un

dia que los dos prácticos enfermaron de gripe y que, reclusos en sus casas, no pudieron seguir desempeñando su oficio. El caso era grave. ¿Cómo dejar a los buques fuera de la barra indefinidamente? Ello hubiera equivalido a paralizar todo el tráfico marítimo en los muelles de La Coruña. El comandante del puerto, seriamente preocupado, no quiso perder tiempo en dudas y vacilaciones, puesto que las circunstancias apremiaban. Fuera, los barcos no hacían mas que avisar con sus sirenas que se encontraban sin práctico. ¿Dónde encontrar el hombre necesario? Tras de no pocas diligencias, llegó a oídos del comandante que había en La Coruña un sujeto dispuesto a suplir aquella deficiencia, y lo mandó llamar. Una hora más tarde se presentaba en su despacho un hombre, ni joven ni viejo, de excelente traza, pero que le dio al jefe del puerto la impresión de ser muy aficionado a las cosas del mar.

—¿Se compromete usted a facilitar la entrada de esos buques que esperan práctico?

—¡Ya lo creo, mi comandante!— contestó el otro con la mayor naturalidad.

—Pero yo supongo que usted no desconoce los diferentes escollos que hay a uno y otro lado de la barra.

—No me diga usted nada, mi comandante. Los conozco todos...

Embarcado en la falda de la Comandancia, ganó el improvisado práctico la cubierta del primer buque que esperaba turno para entrar. Era un trasatlántico alemán, de gran porte, que procedía de América del Sur. El capitán, al ver a aquel hombre, hizo un gesto de desconfianza.

—¿Supongo —le preguntó secamente— que conocerá usted los obstáculos que dificultan la entrada del puerto?

—No me diga usted nada, mi capitán... Los conozco todos.

—Bueno. Pues, adelante.

Manióbró el buque, enfilando la proa al puerto, y a los pocos minutos una terrible sacudida estremeció el casco desde la quilla a la arboladura.

—¿Lo ve usted, mi capitán? Aquí hay un escollo...

Y el buque encalló a corta distancia del puerto.

—¿Y qué hicieron con el intrépido práctico?—preguntará el lector.

Primero, lo sumariaron, por imprudencia temeraria; pero como se probó luego que no había procedido con mala intención, sino por el deseo de lucirse, lo dejaron en libertad. El tiempo, sin embargo, que pone una bruma sobre los errores de los hombres, absolvió del todo al práctico de marras, y hoy, cuando se habla de él, se le tiene por uno de los expertos más notables en cosas de mar.

Manuel BUENO

Guethary (Bajos Pirineos), agosto 1924.

ADVERTENCIA

Recordamos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que en «ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados, ni mantener correspondencia acerca de ellos

LAS MUSAS INSPIRADORAS

ESTAMPAS DE MUJERES Y DE POETAS

Delfina Gay y Alfredo de Vigny

He de evocar en breves semblanzas, ceñidas a los límites de la más pura noticia, las imágenes, ya casi borrosas entre las nieblas de antaño, de las mujeres de otros tiempos, que han sido para los poetas musas inspiradoras, gentiles ángeles de la guardia—y hasta un malicioso diría que diablillos o demonios familiares...

Quiero trazar en pocas líneas las estampas adorables de aquellas mujeres que con su presencia corporal (o simplemente con la presencia de su espíritu) amortiguaron las tristezas de la vida, los dolores de la familia, las tristezas del fracaso, los deslumbramientos de la victoria, los sinsabores y molestias del trato social, a los hombres grandes que tuvieron a su lado...

Ellas fueron quienes velaron por ellos en las horas de abatimiento y de derrota; ellas quienes los mitigaron con su dulzura y con su bondad... Ellas fueron las divinas consoladoras para los doloridos, las hermanas de la Caridad para las enfermedades del cuerpo o del alma; ellas, los ángeles custodios de los hombres escogidos por Dios para revelar al mundo las verdades nuevas...

Porque, al hablar de los poetas, no penséis que me refiero, pura y exclusivamente, a los que en verso contaron sus cuitas y narraron sus alegrías; a los que hicieron de su dolor «crónica rimada»... Ni menos me refiero a los que poseyeron un puro dominio técnico—un arte de fabricar versos, aprendido o tan fácil de aprender como el arte de la relojería...

No. No son sólo poetas los que rimaban y metrificaban con arte. Una vez escribía el inspirado lord Byron: *Many are poets who have never penn'd their inspiration and perchance the best...* «Muchos son poetas que nunca han plumeado su inspiración, ¡y acaso los mejores!» Y esto lo decía un tan genial poeta como el «diabólico» lord... ¡Y él sí que lo era en grado sumo!

Su cordial amigo Percy Bysshe Shelley—*cor cordium*, como él le inscribió en su epitafio—, el «angélico» cantor de *Epipsychidion*, daba a la palabra poeta una amplia y humana significación en su *DEFENCE OF POETRY*. Esta acepción amplísima es la que yo quiero adscribir a la denominación de poeta: — la de adivino, la de vate, la de augur, la de trazador de los destinos humanos...

En este amplísimo, humano y aun trashumano sentido, tan poeta como el que rima admirablemente y sabe expresar sus congojas o sus complacencias, sus dolores o sus alegrías, las maravillas del mundo o las visiones del pai-

saje, las gestas de los héroes, los hechos de la historia o las fábulas de la leyenda—, lo es el que anuncia una nueva constitución del mundo, el que traza la ruta de un astro, el que forja una concepción filosófica de la vida, el que inventa un beneficio para la Humanidad, el que cambia el rumbo de la Historia...

Así, no os sorprenda ver entretelados en la fresca guirnalda de los nombres de poetas que honran a la Humanidad nombres de filósofos, de estadistas, de guerreros, de hombres de ciencia... Así, al lado de Alfredo de Musset, oiréis la suave voz de Renán dialogando con su hermana Henriette; junto a Alfredo de Vigny sonreirá Guyau, el filósofo, muerto en *bas âge*; junto a la dulce y persuasiva palabra de Lamennais rugirá la voz de trueno de Napoleón; tendréis a Gustavo Adolfo Bécquer apareado con nuestro Luis Vives, y frente a la pompa asiática de las estrofas de D. José Zorrilla asomará el perfil pálido de D. José Espronceda...

El aroma de incienso de los confesonarios, con el fuerte olor del élbore que mitiga la divina locura de los filósofos, con el oriental perfume de benjuí que ahuma las estancias de los poetas, con el aroma del sándalo y del heno y la fragancia fresca de las rosas de Saadí...

*

Entre los grandes poetas del siglo pasado, en Francia resplandece—en su altiva soledad—Alfredo de Vigny, el sublime cantor de *Eloa* y de *L'Esprit pur*, por la elevación del pensamiento y por la belleza serena de la forma, que él concebía nítida e impecable como mármol de Paros...

Toda la obra de Alfredo de Vigny, sobria y elegante, como fué su persona, se resume en unos pocos libros trabajados y severos. No produjo *ex abundantia cordis*, sino tras paciente labor de lima y pulimento. No tuvo voracidad de escribir, ni hambre de fama; así como no le cegó el anhelo de oro, *auri sacra fames*, tampoco le obsesionó el ansia ávida de gloria, *gloriolæ insana fames*...

La línea trazada para su vida, como para su obra, fué una línea de corrección y de elegancia. Procedía de una familia linajuda de la Béauce—la planicie severa y triste de la Beauce—tan semejante a la de nuestra Castilla, la planicie donde un siglo más tarde había de nacer otro altísimo poeta, muerto gloriosamente en la guerra: Charles Péguy...

Heureux ceux qui sont morts pour la terre charnelle.

Alfredo-Victor de Vigny, conde

de Vigny, por legítimo juro de herencia, había nacido en Locnes departamento de Indre-et-Loire) en 27 de marzo de 1797. A los diecisiete años, en 1814, entró como subteniente en la Casa militar del Rey. Catorce años sirvió en el ejército, hasta 1828, en que presentó su dimisión, por haber adquirido ya un renombre en el mundo de las letras y por estar fatigado de la «servidumbre militar». El nos ha trazado sus impresiones de la vida militar en esa admirable obra que se titula *GRANDEUR ET SERVITUDE MILITAIRE* (1835).

Antes de la revolución de julio de 1830, que le sorprendió ya fuera de la carrera de las Armas, había sido un buen oficial, aunque de un carácter reservado y sombrío: *il était bon officier, correct et consciencieux mais d'un caractère concentré et d'allure ombreuse*—escribe Emile Fagnat en su *DIX-NEUVIÈME SIÈCLE: Etudes littéraires*, páginas 127 a 152. (París, 1887.)

Ante la revolución mantuvo una actitud expectante y escéptica; ligado a la persona de los Príncipes por tradiciones de familia, y dando su palabra de que si el Rey montaba a caballo para defender su Trono, él saldría a combatir en las calles como antiguo militar, que había jurado por su honor lealtad a la Monarquía; pero al mismo tiempo viendo en actitud pasiva establecerse y consolidarse el nuevo Gobierno...

Su primera publicación es un breve volumen de versos: *POÈMES ANTIQUES ET MODERNES* (1826). Hay que advertir que antes, muy a la chita callando, sin que la crítica le concediese la más ligera atención, había publicado un volumen de *Poèmes*, que luego refundió en este otro libro, pues el de 1822 nadie lo había leído. El mismo año de 1826, en que se revela como poeta, se manifiesta como gran novelista histórico en *CINQ-MARS, ou une conjuration sous Louis XIII*.

En 1829 logró representar en el Théâtre Français una traducción de *Otelo o el Moro de Venecia*, que fué como uno de los estandartes del romanticismo, uno de los desafíos lanzados a la poesía académica y a la crítica burguesa. Con todo, no tuvo el franco éxito que tanto la obra grandiosa de Shakespeare como la consciente y trabajada traducción de Vigny merecían.

En 1830, en plena efervescencia romántica, Alfredo de Vigny escribe un drama romántico, *LA MARECHALE D'ANCRE*, que se estrena en el Odeón, en 25 de junio de 1831, y obtiene una fría acogida...

Su triunfo dramático, resonante y durable, sólo lo obtiene a los treinta y ocho años, con *CHATTERTON* (12 de febrero de 1835). *CHAT-*

TERTON fué una de las grandes victorias del teatro romántico, un penacho de rebeldía y de ataques a todos los rancios preceptos del clasicismo, y su éxito fué algo prodigioso y sin par, que algunos críticos ponen, sin hipérbole, en comparación con *Le Cid*, de Corneille, en el siglo XVII.

CHATTERTON, antes de estrenarse, se había publicado, en volumen, dentro de la obra de más nombradía entre todas las de Vigny, la titulada *STELLO OU LES DIABLES BLEUS (Consultations du docteur Noir)*—París, 1832—, que fué como su *Fausto*, pues lo fué creando al través de toda su juventud.

En el año de 1835 publica su *GRANDEUR ET SERVITUDE MILITAIRE*, donde su lenguaje se torna cada vez más sobrio, lacónico y castigado. *Es une langue aussi serrée que celle de Mérimée*, escribe un crítico.

En 8 de mayo de 1845 es elegido miembro de la Academia Francesa, donde pronuncia su discurso de recepción en 29 de enero de 1846, siendo por mucho tiempo famosa la recepción de Vigny, por la longitud de su discurso, por el tono de soberana altivez y de elegante impertinencia con que lo leyó, y por el violento ataque, «escandaloso y acerbo», que desencadenó contra el poeta de *Eloa*, el político Molé, en su discurso de contestación, haciendo que el propio Vigny comentase el acto con esta frase epigramática: «En esta recepción ha habido un Molé et un immolé...»

Murió Vigny de un cáncer al estómago en 17 de septiembre de 1863, unos meses después de su esposa. Murió con la serenidad, digna de un estoico, con que había vivido. Dejó un volumen de poesías inéditas, que fué publicado después de su muerte: *LES DESTINÉES* (1864). Tres años más tarde, en 1867, publicábase uno de sus libros más personales e íntimos—notas, pensamientos, poesías olvidadas: *JOURNAL D'UN POÈTE*.

*

De 1820 a 1828, Alfredo de Vigny era un gallardo oficial del Ejército—de los llamados Gendarmes Rojos, o, más poéticamente, Mosqueteros Rojos—, que brillaba en los salones... Sus contemporáneos han visto con delicia deslizar en la contradanza a este joven mosquetero, «análogo y gracioso a la vez, capaz de robar una cinta por aquí, un beso por allá, querubín rubio, vivo, listo y ya oficial». Era experto e infatigable bailarín, y esto bastaba para captarle las simpatías de las gentiles damiselas...

Pronto una joven, la más bella de todas las que en aquel tiempo han sido ornamento de los salo-

nes, se enamoró de él... Bailaron juntos las nobles y finas danzas de antaño...

Tal vez haya un eco de esa afición suya de juventud en aquel admirable poema titulado *Le Bal*, donde el poeta canta así:

*Dancez, un soir encore avec de votre
[vie:
l'éternelle nuit d'un long jour est suivie;
à l'orchestre brillant le silence fatal
succède, et les dégoûts aux doux propos
[du bal...*

Llamábase esta bella mujercita, enamorada de él, Delfina Gay, la musa de quien dijo Teófilo Gautier que «tenía siempre el aire de escuchar a un Apolo...»

Ella quería casarse con el «poeta querero», con el *chérubin blond*, que le parecía «el más amable de todos...». El también estaba prendado de Delfina, aunque la reprendiese delicadamente en un poema por reír demasiado... Entonces es cuando le dice en una bella estrofa que nunca está más bella que «después de su aire triste y de su palidez...»

*Quand des rires d'enfant vibraient
[dans ta
et soulevaient ton sein sans agiter ton
[cœur,
tu n'étais pas si belle en ce temps-là, Del-
[phine,
que depuis ton air triste et depuis ta pa-
[leur!*

Delfina Gay era hija de la popular escritora Sofia Gay, que estaba encantada de la posibilidad rosada de que su hija matrimoniase con el noble De Vigny. En una carta a la poetisa Desbordes-Valmore, Sofia Gay escribía: «... Os lo digo en voz baja: es el más amado de todos, y desgraciadamente un corazón joven que os ama con ternura y a quien vos protegéis mucho, se ha percatado de esta amabilidad perfecta... Tanto talento, tantas gracias, añadidas a una buena dosis de coquetería, han seducido a esta alma tan pura... y la poesía ha venido a deflecar todo eso...» Era ese alma pura su hija Delfina, ahijada y protegida de la Desbordes-Valmore, y el talento de Vigny, unido a su buena figura, y pimentado «con una cierta dosis de coquetería», habían encantado a la angelical Delfina.

Pero la madre del poeta, señora de la más rancia aristocracia francesa, abroquelada en sus prejuicios de hidalguía y de linaje —que decía a su hijo, al revestir a los dieciséis años el uniforme: «*La noblesse est quelque chose...*»—, hizo la guerra declarada a ese noviazgo. Por eso Sofia Gay decía en la misma carta, lamentándose amargamente de la mala suerte de su hija: «La pobre niña estaba lejos de prever que un ensueño tan dulce le costaría lágrimas; pero este ensueño iba apoderándose de su vida... Yo he visto esto y he temblado por ella, y después de haberme cerciorado de que este ensueño no podría realizarse, he acelerado el despertar... —¿Por qué? —me diréis—. ¡Ah! era mester!...»

La madre de Vigny — *une mère ultra*— dice la Gay (ultramontana, como se apellidaba entonces a los retrógrados; hoy creeríamos que

ultraista)—, envanecida de su título de nobleza, le había prometido a una parienta rica. Los Vigny tenían poca fortuna y mucha ambición; por otra parte, la admiración del poeta a Delfina era más viva que tierna; por otra parte, en ella había un sentimiento tan púdico que nunca se ha revelado sino por un súbito rubor y «por algunos versos en que la misma imagen se reproducía siempre»...

El ensueño se rompió bruscamente. Alfredo de Vigny se casa con «la más prosaica de las mujeres»: una hermosa criolla llamada miss Lydia Alice Bunbury, natural de Demerara (Guayana inglesa), y cuyo padre, Hugh Mill Bunbury, era tres veces millonario... Los escrúpulos nobiliarios de madame de Vigny se amortiguaron mucho ante la perspectiva de aquella fortuna. Pero era un dorado espejismo: el suegro de Vigny, que fingió inorar siempre el nombre de su yerno, desheredó a su hija por castigo de haberse casado contra su voluntad.

La hermosa criolla, como todas las mujeres tropicales, tuvo esplendor efímero, y pronto perdió su belleza. El poeta Louis Ratisbonne nos la describe en el hogar conyugal «maciza, hombruna, medio ciega, costándole trabajo tanto moverse como hablar...» Había olvidado el inglés y apenas comprendía y chapurreaba el francés. Siempre estaba enferma; Vigny fué un mártir de su matrimonio con rica heredera; pero, eso sí, fué un excelente marido, que no iba a *soirées* ni recepciones por velar a su enfermita...

Delfina Gay casó, a su vez, con «el más prosaico de los hombres», con el famoso espadachín y periodista Emile de Girardin, el fundador del diario *La Presse*, el que mató en duelo al pobre Armand Carrel...

Los dos, Alfredo y Delfina, abdicaron de sus «*rêveries*» de juventud. Pero Alfredo de Vigny amó siempre a Delfina y la recordó emocionado... En 1848, ya casada, la escribió aquellos versos...

Como él mismo dice en una de las más bellas páginas del libro *JOURNAL D'UN PORTE*: «Nunca se está libre cuando se tiene corazón...»

Andrés GONZALEZ-BLANCO

Madrid 10 de abril de 1924.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14.-MADRID.-Apartado 502

ÚLTIMAS NOVEDADES

- JOSÉ FRANCÉS:
«La danza del corazón», novela 5 pts.
E. GÓMEZ DE BAQUERO:
«El renacimiento de la Novela», crítica..... 5 »
A. HERNÁNDEZ-CATÁ:
«Libro de Amor», novela..... 5 »
ANTONIO MACHADO:
«Nuevas canciones»..... 5 »
VERLAINE:
«La buena canción», traducción de D. Canedo..... 4 »
«Antaño y ayer», idem de Bacarisse..... 4 »
GUIDO DA VERONA:
«El libro de mi sueño errante», novela..... 5 »

En todas las librerías y en la
= CASA DEL LIBRO =
Pl y Margall, 7 (Gran Vía)

Al rededor del estilo

XVIII

EN aquellos apuntes que saqué de Fuerteventura, y que he renunciado a desenvolver, decía que las obras de un escritor que carecen de estilo—de personalidad—, que parecen de otro o de cualquiera, no son de nadie, no son obras. Y añadía: «¿Es uno otro que sí mismo?»

Uno se encuentra a través de los demás; los más originales escritores empezaron imitando. «El poeta nace y no se hace», suele decirse; pero aparte de que el nacer es un hacerse, aunque otra cosa parezca, el poeta suele tardar en encontrarse a sí mismo. El estilo se va haciendo, y es porque el artista está buscando a sí mismo. ¿Se encuentra? Aquí está su tragedia. Y cuando se encuentra es que ha encontrado su obra; es que su obra le ha hecho a él.

En las últimas semanas de mi confinamiento en Fuerteventura, mi querido Crawford Fitch—fraternal amigo y traductor al inglés de la mejor parte de mi obra, traducción en que ha puesto su estilo—me procuró un cierto libro inglés de C. E. Montagne, en el que leí y anoté este pasaje:

«En las Escrituras, transmitidas oralmente, de algunos de los negros australianos, el Creador, Pund-jel, quedaba Van complacido cuando hubo formado al primer hombre con barro y corteza, que bailó de alegría en derredor de aquella admirable pieza salida de sus manos. Hasta el más compuesto Jehovah de nuestro propio Libro del Génesis pasó de encontrar sus primeros productos «buenos» a encontrar la obra toda de su semana «muy buena», creciendo la exaltada complacencia del artista según producía, a paso igual con la actividad de su invención. Y así ha procedido el hombre, desde entonces, con la obra que de tal modo creaba.»

Y partiendo de esta cita, que me permito insertar aquí, por proveer de una de mis lecturas ocasionales, más bien azarosas, del destierro atlántico, partiendo de ella escribí en mis apuntes: «Y este goce viene de que uno se ha encontrado con su creador, con su padre. Porque a Cervantes le hicieron Don Quijote y Sancho y etcétera. El estilo nos hace; no hacemos el estilo.»

Entonces, cuando apunté la cita de Montagne—el 4 de mayo, lo tengo señalado—, no reparé en la significativa paradoja de unas «Escrituras transmitidas oralmente» — *the orally transmitted scriptures*—; mas ahora, al reproducirla, me doy cuenta de cómo pueblos que no conocen la escritura pueden tener escritas en el alma popular colectiva, con el estilete de la tradición oral, sus leyendas creadoras.

Y siguiendo lo de que nuestra obra nos haga, lo de que el estilo haga al artista, al escritor, ve-

remos que por él, por el estilo, nos descubrimos. Si uno que me conoce corporalmente, que me ha visto y oído hablar—porque se ve, y no sólo se oye, hablar—, al leer algo mío no lo oye con mi voz caliente, es que aquello no tiene estilo; es que no es mío. Pero ¿es esto verdad? ¿No será, acaso, de un otro yo? Si yo mismo me oigo, ¿me reconozco siempre?

Nunca me he oído en fonógrafo, fotografía de mi voz, ni quisiera oírme en él; no quisiera oírse cadáver galvanizado de mi voz. Esa horrible caricatura de voz humana me horripila; el estilete fonográfico mata el estilo. Pero si fuese posible que me oyera a mí mismo desde fuera, ¿no me sonaría alguna vez a otro? ¿Al otro? El susurro divino de que hablan las Escrituras, la voz de Dios, ¿nos sale de dentro, de lo más dentro, del adentro de nuestro más dentro. Es como oír en el silencio de la noche recogida lo que nos dice el latido de nuestro propio corazón. O ¿no procede, acaso, de nuestro yo de más dentro de dentro, de nuestro tras-yo, del yo eterno, de lo que Kant llamaría nuestro *numen*? ¿Del que dormita con voluntad de dormir eternamente?

(Esto de la voluntad de dormir eternamente me lo sugirió un pasaje de Galdós en «Torquemada y San Pedro», que leí, tomando el sol desnudo entonces como yo.)

Se dice que acercándose una concha vacía a la oreja se oye el rumor de la mar, en que nació y se crió el animal que hizo la concha. Los poetas han hecho bellísimas metáforas con esta leyenda; una de las más bellas, Carducci, en su canto a Ferrara. Los hombres de ciencia nos dicen que lo que oímos en la concha, como en un resonador, es la circulación de la sangre por el pabellón de la oreja. ¿Canta la mar o canta la sangre? ¡Igual! ¡La mar es la sangre de nuestra Tierra; nuestra sangre es nuestra mar.

Hay acaso dentro de cada uno de nosotros, tan dentro que lo llevamos perdido, que no logramos encontrarlo—encontrármolo—, un estilo divino. El dedo de Dios es el sumo estilo creador, el más íntimo estilo creador. Me ha creado único; te ha creado, lector, único; nos ha creado únicos a cada uno de nosotros y se me ha dicho una vez quedó dicho para siempre. Me ha impreso sobre el alma de mi patria; soy una palabra, una frase, tal vez una estrofa del poema eterno, inmortal, que es su obra divina. Y hasta que uno no ha muerto, no ha vivido. De la persona verdaderamente inmortal, de la que ha de ser palabra, frase, estrofa del poema de Dios, de la historia humana, no digáis nunca: «¡Murió!» cuando haya muerto, sino decid: «¡Vivió!» cuando se muera. Y el que vivió, vive y vivirá.

Miguel DE UNAMUNO



CANTANDO EN LA MAÑANA DE SAN JUAN

¡Jardinera fué su madre
y la crió en un jardín!
Yo tengo una novia nueva
que es una rosa de abril.
Tengo una novia aldeana
que fué hecha para mí;
sin conocerme me amaba
cuando yo la conocí;
yo tengo una novia nueva
que es una rosa de abril.
Jardinera fué su madre
y la crió en un jardín.

Así canta la mañana.
Por el campo me perdí
con mi zagala del brazo,
trémula como un jazmín.
Mañanita de San Juan,
el alba rosada vi
en los ojos verdes de ella,
que se hicieron para mí,
y en suboca, de la noche
una estrella recogí;
en sus brazos un camino
de ternura conocí...

Zagalica, zagalica,
todo mi amor para ti.
Como una rosa eres bella
y suave como un jazmín.
Tu corazón está hecho
para amarme sólo a mí.

Yo tengo una novia nueva
que es una rosa de abril.
¡Jardinera fué su madre
y la crió en un jardín!

Luis DORESTE

LAS NUECES MAGICAS

CUENTO PARA NIÑOS, por María BERTA QUINTERO

ERAN Marilinda y Maribella dos hermanitas gemelas, tan buenas, cariñosas y bonitas que eran el encanto de cuantos las trataban, y tan parecidas, que para que las distinguieran, la primera llevaba siempre azul la cinta del peinado, y la segunda, rosa.

Tan sólo dos personas encontraban desagradables a las pequeñas, odiándolas con encono: eran la madrastra y su hija Lucinda, que, si en belleza excedía tal vez a las huerfanitas, era, en cambio, perversa, holgazana y vanidosa.

Marilinda y Maribella fueron muy felices en vida de sus padres; luego habían sido tratadas con fingido cariño por las dos hipócritas mientras tenían el apoyo de su padre; pero bruscamente, al morir él, vieron trocada su vida sosegada—ya que no feliz, por la falta de la maternal ternura—en trabajosa y cruel. Sin embargo, no detestaban a sus atormentadoras.

Un día de agosto, cuando el sol lo abrasaba todo, cayendo a plomo sobre la campiña donde se alzaba la casita de las pequeñas, Lucinda sintió sed, y no hallando a su gusto el agua fresquísima del pozo, dispuso que las niñas tomaran el cantarillo, yendo a llenarlo a la fuente del bosque.

Ellas, sin replicar, obedecieron sumisas.

Junto a la fuente hallábase un pobre anciano, tullido, que no pudiendo moverse, soportaba el cruel suplicio de Tántalo, muriendo de sed a la vista del cristalino y casi helado manantial.

—Bellas niñas—imploró, al ver a nuestras amiguitas—, tened compasión de mí: ¡dadme de beber!

—Al momento, abuelito—contestaron ellas con su habitual bondad.

Y llenando el cántaro, se lo presentaron sonrientes.

Cuando el viejecito hubo bebido, las dió mil gracias y puso en los bolsillos de sus vestidos algunas nueces tan grandes como jamás las vieran.

—¿Se comen?—preguntaron ingenuas, después de agradecer el presente.

Sonrió el anciano enigmático. —Partidlas cuando queráis—repuso—; pero de una en una.

Rendidas de cansancio—que la selva estaba muy distante de su casa—y empapaditas en sudor, regresaron las niñas. Habían caminado sin detenerse, con toda la ligereza que las fué posible. Sin embargo, Lucinda estimó que hubieran podido volver antes, y, no contenta con golpearlas, quejóse a su madre. La madrastra las azotó duramente, y luego, encerrándolas en el cuarto de costura, sin un pedazo de pan, ni un vaso de agua para mitigar su hambre y su sed, las dijo que repasaran toda la ropa del cesto

y que debían tenerla concluida cuando ella se levantase de la siesta.

Temblando ya por el cruel castigo que las aguardaba, Marilinda y Maribella, tristes y llorosas, sentáronse a coser.

Pero era muy tarde; habían tomado no más un mendrugo de pan para desayuno y, acordándose de las nueces, resolvieron partirlas.

Qué asombro no sería el suyo al notar que habíanse tornado de un brillante color de oro. Vacilaron un instante; mas, al fin, no sin

sus párpados suavemente con la punta de sus dedos y ambas quedaron profundamente dormidas.

Al oír la voz áspera de la madrastra, que reprendía severamente a Lucinda por alguna de las suyas, despertaron sobresaltadas. Creyendo que todo había sido un sueño, tomaron la interrumpida labor; pero no, estaba toda terminada.

—No es posible, madre—gritaba Lucinda rabiosa por la reprimenda, viendo concluida la tarea en tan breve plazo y tan a la perfec-



temor, abrieron una. De su interior saltó, dando un alegre grito, un gracioso enanillo casi invisible de tan pequeño, que al quedar en pie sobre el pavimento adquirió, de pronto, la estatura normal de los gnomos.

—¿Qué me queréis?—preguntó, inclinándose—. Soy vuestro esclavo, bellas niñas.

Alentadas por su amabilidad, pasado ya el primer movimiento de susto, ellas le contaron sus cuitas.

El enanillo, sonriente, dió un golpecito con el menudo pie en el suelo y aparecieron muchas mujercitas que parecían muñecas por su tamaño, todas muy lindas y vestidas de blanco. Sentáronse en el suelo y empezaron todas a coser, moviendo ágilmente los diminutos deditos. A otro golpe del pie del enano presentáronse varios gnomos, portadores de viandas exquisitas. Uno llevaba un ánfora rebosando agua fresca y cristalina.

Terminada su comida, abrieron las huerfanitas los labios para dar gracias a sus misteriosos bienhechores; pero uno de ellos rozó

ción—; no es posible que hayan cosido tanto; aquí hay un misterio.

Registró a las niñas y apoderóse de las nueces mágicas; pero se la escaparon de las manos, volando hasta la más elevada rama de un árbol del huerto.

Iba, ciega de coraje, a golpear a las inocentes pequeñuelas; pero cambiando súbitamente de actitud, sentóse junto a ellas y, acariciándolas, expuso afable su deseo de que la dijeran cómo habían adquirido las voladoras nueces.

Marilinda refirió que habíaselas regalado un ancianito—callando, por modestia, su obra misericordiosa—y lo sucedido al partir una.

Lucinda tomó su cántaro y marchóse a la fuente.

Allí estaba el viejecillo, y pidióla, humilde y dulce, de beber.

—Ya estáis fresco—repuso ella—; en mi lindo cantarillo voy a dar yo de beber a un mendigo astrososo. Estaría loca.

—Al menos—añadió el viejo—, lléname ese vaso.

Y presentóla uno de cuero. Lucinda iba también a negarse, cuando pensó que tal vez fuese aquel viejo el que buscaba.

—Eso ya es ponerse en razón, abuelo—dijo, complaciéndole, riéndose.

El tullido la obsequió con algunas nueces, y ella, loca de contenta, regresó corriendo a su casa, y partió una en cuanto llegó.

Mas en vez del enanito, saltó de la nuez un diablillo feísimo que, alcanzando en un instante colosal estatura, agarróla de los cabellos, alzándola en vilo, mientras gritaba:

—Llegó la hora de tu castigo. Vamos.

Ya se la llevaba, cuando Maribella y Marilinda, pasado el susto, arrojáronse a sus pies, suplicando:

—Señor diablo, perdonadla. —Imposible; es perversa; os maltrata...

—No es mala, no, y desde ahora será muy buena.

—Bien; la perdono por vosotras; pero si no escarmienta... ¡pobre de ella!

Desapareció el diablo, y Lucinda, abrazando a las niñas, pidiólas perdón, prometiendo corregirse.

Durante algunos meses supo cumplir su palabra.

Pero un día, enojada con Marilinda, rompió una nuez para pedir al gnomo la castigase. ¡Oh, terror! Vino un terrible diablo, con el que no valieron súplicas; abrazóse a Lucinda su madre, queriendo libertarla, y entonces el diablo, soltando una carcajada:

—Esto quería yo—dijo—; llevo doble presa.

Y desaparecieron los tres.

Marilinda, rompiendo una de sus nueces—que habían retornado a sus manos—, pidió al enanillo el perdón y la libertad de las castigadas.

—Algo difícil de conseguir es; pero lo intentaré por darte gusto.

Llamando a sus compañeros, partieron veloces, alcanzando al diablo que, como llevaba tanto peso, no podía ir a prisa, y, en nombre del mago de la fuente—que tal era el anciano tullido—, le ordenaron dejase libre a las prisioneras. Hízolo él de mala gana, marchándose rabioso y barbotando amenazas; pero no pudo cumplir las, porque Lucinda y su madre llevaron desde entonces una vida irreprochable, siendo el consuelo de cuantos desgraciados acudían a ellas.

María Berta QUINTERO

LA SANJUANADA

NOVELA CORTA, por Fernando GARCIA JIMENO

I

DÓNDE acaba la tradición y dónde empieza la leyenda? ¿En qué proporción se nutre de ambas la historia? ¿Qué misteriosas afinidades hay entre ellas y la superstición? Más que hallar la respuesta a estas preguntas he querido reflejar un estado de conciencia al discurrir sobre tema tan interesante, pintoresco y vario como la sanjuanada en Extremadura.

Quédese para los eruditos esclarecer los orígenes de la fiesta y averiguar las razones de orden teológico, político o social que expliquen las desigualdades y preferencias de la exaltación popular con respecto a sus dolos; pues es lo cierto que, mientras la mayoría de los apóstoles sólo tienen unas líneas panegíricas en el santoral, y alguno, como San Mateo, tal cual feria de mediana importancia; mientras al propio San Pedro, si se le suprimiesen los honores de jefe de la Iglesia, apenas nos lo recordaría alguna velada pueblerina, a San Juan—el más joven de los apóstoles—se le festeja ruidosamente en ciudades, villas y aldeas con toda clase de pompas religiosas y profanas. Tiene el Santo Bautista cofrades que asisten a la misa de capas con sermón el día de la fiesta (después de verificada la rifa con que costean los gastos del culto y la caldereta de la Hermandad); preside el gremio de hortelanos; tiene una calle frente a la iglesia, y da el nombre al pilar de las afueras, a un molino de aceite, a una fábrica de harinas y a una marca de caramelos. San Juan, en tierra extremeña, al menos, es un santo acaparador, dicho sea con los debidos respetos.

Lleva el acaparamiento al extremo de invadir la esfera de acción de otro glorioso taumaturgo que goza de gran predicamento entre nuestras mujeres, y ahí va la prueba: Sabido es que el negociado de instancias y reclamaciones amorosas de la feminidad creyente corresponde por derecho a San Antonio, y, sin embargo, entre otros sortilegios amatorios hay uno que consiste en colocar debajo de la cama, la noche víspera de San Juan, unas alcachofas silvestres, las que al día siguiente serán nuncio venturoso si amanecen florecidas. En otro orden de prodigios, el poder milagroso de San Juan culmina en la creencia que los gitanos lugareños tienen de que por todo el año se les darán bien los negocios, si al punto de las doce de la noche, víspera del Santo, mojan la vara del látigo en el pilón de la fuente pública.

La típica sanjuanada conserva más fresco el colorido y más puro el ambiente tradicionales en la

población obrera campesina, sana de corazón y no falta de gracia, pobre de discurso y, en general, libre de rencores, si no se atraviesan de por medio amores encelados o partición de bienes, motivos casi únicos capaces de encender el coraje de grandes y pequeños.

Desde que comienzan las faenas de la siega hasta que terminan la recogida de la paja y el acarreo del grano, son contados los días que *juerga* la gente del campo; de San Juan a la Virgen de Agosto no siempre hacen puente en Santiago, así es que de mucho antes vienen paladeando la sanjuanada, que es un alto en el trabajo

pellizco a los jornales de la siega; se realizan bodas y peticiones de mano; se corren las primeras amonestaciones de las parejas que se casarán cuando quede el trigo en las trojes; se hace derroche de golosinas; se obsequia con lo más añejo de las pitarras, y todavía alguna vez, aunque han desaparecido las capeas, se registran crímenes de sangre.

¡Ah! ¡La tradicional sanjuanada pueblerina...

II

La plaza vieja de los Carros es la primera en categoría, después



duro, enervador, del que no puede hacerse una idea quien no haya recibido en la frente sudorosa el tamo de la trilla, y no haya sentido los ronchones del sol extremeño en las espaldas. Pero esta fiesta—la de más rumbo, después de la Semana Santa, el Corpus y la Patrona—los compensa de muchas fatigas y los deja satisfechos para una temporada. Las muchachas estrenan trajes de tonos claros que las hacen más vistosas; los mozos dan un buen

de la mal llamada de la Constitución (que hasta el nombre ha desaparecido bajo las enjabelgadas con que anualmente remozan las fachadas los vecinos), y en la plaza de los Carros tiene la posada el tío Juanón, hombre apodado a lo antiguo, charlatán y refranero, que, a causa de unos ataques de paludismo, abandonó el oficio del campo a poco de casarse con Tomasa, la hija del tío Pelucho el Ventero, que en gloria esté, si en la gloria pueden en-

trar los venteros de su calafía, azote de caminantes.

De este tío Pelucho cuentan las crónicas que fué poco escrupuloso en su tráfico, y que se cuidaba más de la usura y del contrabando que del crédito de la venta, la que corría casi por entero a cargo de la mujer y de la hija, con lo que dicho queda que prosperaba; que las hembras guapas y desenvueltas fueron siempre buen reclamo de ventas y ventorrillos, posadas, hosterías y figones. Si a cambio de ello corrieron por el lugar voces desfavorables para la fama de ambas mujeres, él no les dió importancia, atento a los rendimientos del negocio; y si alguna vez llegaron a desenfrenarse las habillitas, él les salía al paso, exclamando con cinica socarrería:

—Cuanto qu'ajunta uno tres perrinas ya está roéndole la envidia. Emásiao ven qu'aquí trabajamos toos; ¡qué demonchel!

Y, pues, con estas reflexiones quedábase, a lo que dicen, tan torondo, no es cosa que nosotros ahondemos más de la cuenta en la historia del ventero—que allá se las haya en la otra vida—, y acabamos de presentar a su yerno y heredero el tío Juanón.

Este, así que se vió en posesión de la herencia que por la mano de su mujer vino a las suyas, empezó a poner las cosas en orden, a su manera: arrendó la venta de los Tapujos—que así acertó a llamarla el humorismo popular—; transformó en almacenes buena parte de cuadras y tinaones, y retiró a su mujer del tráfico del negocio.

—No quiero—hubo de decirle—que alternes con esa gentuza; pa eso están las muchachas. Y no quito la posá porque nos vale pa otros asuntos; que esto de la arriería se pone ca día más malo, y d'antiguo s'ha dicho que la gente de entra y sal, si no quita, me nos da; y yo también te digo que con gente ruin, poco trajin. De moo que si lo quieren asina, bueno, y si no, lo mismo; que pa comé, n'ha de faltarnos, sin apereos ni desgustos.

Y como Tomasa estaba más que harta de la brega posaderil y empezaba a preocuparle la educación de la hija, aceptó complacida la determinación del esposo, y se retiró tranquila y gustosamente a las delicias del hogar. Descargó también él casi por completo, en un criado de confianza, los cuidados del mesón para dedicarse de lleno a negocios más lucrativos; así, mientras por un lado limitaba y desatendía la parroquia de trajinantes, por otro acacia y seleccionaba los contribuyentes al tanto por ciento, que en el conocimiento y manejo de las artes de la usura daba cruz y raya al fundador del feudo y sabía cubrir mejor las apariencias.

Efectivamente; el tío Juanón no reunía las características usuales del prestamista rural: torvo, caído y sucio; por el contrario, se mostraba franco, decidido y afable, y esto le captaba las simpatías de sus propias víctimas. A la vez, se dedicaba en concurso a las obras de interés común, y era el primero en la organización y sostenimiento de las fiestas populares; por todo lo cual y por algún que otro rasgo de esplendor—que ya él se cuidaba de que fuese bien sonado—, había adquirido cierta preponderancia en el barrio, y habría llegado a obtener cargo representativo de haberle cogido en otra edad los tiempos de renovación política. Sin embargo, ni lo apetecía ni lo necesitaba.

A la fecha en que se suponen acaecidos los sucesos de este relato, el tío Juanón y su esposa habían traspuesto la cumbre de la vida, y avanzaba gallardamente hacia los veinte abridores Guadalupe, hija única del matrimonio y la más guapa moza del pueblo.

III

Desde muy temprano empezaron en la plaza de los Carros los preparativos de la fiesta. Las vecinas daban los últimos toques al blanqueo de las fachadas o al fregado de las aceras, y colocaban los aparatos para las luminarias de la noche: lamparillas en vasos de colores, tulipas de cristal y porcelana con velas de estearina, velones antiguos de tres y cuatro mecheros, y lámparas eléctricas, según los gustos, costumbres o facilidades de cada cual. El tío Juanón, con el pecho al aire y la camisa remangada hasta los mollejos, gritaba en el centro de la plaza, dando instrucciones a los voluntariosos auxiliares: mozos de la posada, obreros de las carreterías de enfrente, pinches de los puestos de buñuelos y curiosos desocupados, que nunca faltan en casos tales.

«Oye, Sebastián, trae el pisón de la corraliza, que sentemos este cascote.»

«Tú, Todosio, estira más ese alambre, qu'hace comba en el medio.»

«Ahí, no, Tomás; esos farolillos d'acordeón van a ir en ringlera contra la pared.»

«No riegues más, Alonso, qu'ahora s'hace barro.»

Y a este telor un sinfín de disposiciones que al punto eran acatadas y cumplidas.

Hasta don Pascual, el veterinario, sentíase contagiado del servilismo de aquellas buenas gentes y secundaba propicio las iniciativas de su vecino el posadero.

De esta manera, antes de la hora de comer se había puesto remate al exorno de la irregular y ancha plaza, más engalanada que nunca. En el centro se alzaba un tronco de pino, defendido en la parte baja contra las llamas de la hoguera y cubierto en la superior con follaje y gallardetes; del pino partían gruesos alambres que remataban en los muros de las casas y sostenían una enorme profusión de farolillos de pa-

pel, los que a la noche, encendidos, proyectarían la policromía de sus dibujos en un palio de luz sobre el hervidero de la fiesta; se había demarcado en el suelo terroso el sitio para el baile, acotado en círculo por varias filas de mesas, sillas y banquetas, que en el momento oportuno desempeñarían papel importantísimo. Al fondo quedaba el pilar, iluminado también, y espacio bastante para el flujo y reflujo de curiosos y transeúntes y para los puestos de torrados, avellanas y demás golosinas verbeneras. A juzgar por el entusiasmo con que se realizaban los preparativos, la sanjuanada prometía estar animadísima.

Había también al presente un poderoso estímulo para la emulación y el entusiasmo. Por acuerdo del Concejo, los fuegos, que de tiempo inmemorial venían quemándose en la plaza Vieja, lucirían este año en la de la Constitución, y, aunque en el bando de la Alcaldía se trataba de justificar el acuerdo, todo el mundo sabía que el cambio era cosa de los mandones nuevos, enemigos políticos del tío Juanón, instigados por la alcaldesa, que deseaba presenciar el espectáculo desde el balcón del Ayuntamiento. La determinación edilicia había herido en lo más vivo el amor propio de los vecinos del barrio antiguo, que se disponían a echar la casa por la ventana.

Era cosa de oír al posadero enardecido a las turbas de comadres.

—¿De cuándo acá—gritaba, agitando en el aire los brazos desnudos—, de cuándo acá s'han visto los fuegos artificiales en la plaza Capitular? ¿Quién es, el Municipio pa' ir contra las costumbres del pueblo? Por de contado que to ha sido cosa de l'alcaldesa, que v'a reventar d'orguyo, y del señor Juan el Pintao, que se l'ha subido el bastón de borlas a la cabeza. Pero tenemos qu'echarles la patita o yo dejo de ser Juanón.

Y alentado por el jaleo de las masas, proseguía:

—Bemos comprao más faroles qu'otros años y, pa' no ser menos qu'eyos, tenemos luces de bengala, ruedas voladoras, morteros de traca y cohetes rastrosos, de silbidos y de lágrimas. Bailaremos hasta caer rendidos, y habrá durces pa' todos, y vino hasta que salgamos a gatas; que por algo soy yo quien soy, y en mi casa hay salud y hoy cumple veinte años mi Guadalupe, que está más hermosa que la Virgen del Vayo.

—¿Se quiere usté callar?—dijo ruborosamente Guadalupe.

—No seas bestia, Juanón—añadió la señorita Tomasa, que formaba en el auditorio de su marido.

—Asina s'habla—repuso un zagalón de los del corro, y gritó luego con toda la fuerza de sus pulmones: «Viva el tío Juanón!»

—«¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!»—respondieron a coro los del grupo, que, a ruego del orador, fueron dispersándose poco a poco para volver a la hora de la fiesta.

Estrujó el posadero en un abrazo a su mujer, esponjada de puro satisfecha, y el zagalón que ha-

bía dado el viva aprovechó la coyuntura para sostener este breve diálogo con Guadalupe:

—A la noche iré a tu reja con la enrama.

—No, Petriyo, no vayas.

—¿M'haces de menos?

—Eso, no.

—¿Esperas a Francisco?

—Tampoco.

—¿Entonces...?

—No vayas; te lo ruego.

Y aligeró el paso en dirección a su casa.

—Iré, manque no quieras—dijo, apretando los dientes, Petriño, y echó a andar calle arriba, con paso fuerte, como queriendo afirmar con los músculos la decisión inquebrantable.

IV

Guadalupe era realmente la envidia y el orgullo del barrio. Guapa y esbelta, de voz y de mirar dulcísimos, llana en el trato, prudente en el juicio, noble en los impulsos y en los afectos, nadie imaginara que en el ambiente pebeyo de un mesón y de un matrimonio tan plebeyo como el ambiente pudiera nacer criatura de tan bellas cualidades. Así se la disputaban los mozos del lugar y así también, a diario, abatían el vuelo en la posada gavilanes forasteros, atraídos por los encantos de la paloma. De aquí que el tío Juanón, que cegaba por ella, se preocupase, hasta la obsesión, de la suerte de la hija.

Cuantas veces coincidía hallarse a solas con su mujer hablaban de lo mismo:

—¿No te parece mentira—la dijo en una ocasión—que Lupiya sea hija nuestra?

—No sé por qué—contestó amotazada la posadera.

—¿Qué sé yo?... Tíe algo... asina... Porque tú eras guapa; pero na más que guapa; ¡mi Guadalupe es otra cosa!

—En hablando de tu hija pierdes la chaveta.

—Será verdad; mas de guena y de guapa qu'es, me da miedo.

—¿Qué dices?

—¡Si s'esgraciara!...—dijo, temblándole la voz, el posadero.

—Caya, Juanón. ¡Qué cosas piensas!—replicó horrorizada Tomasa.

—Siempre s'ha dicho que la mejor presa es la del gato, porque sabe aprovechar los pescados, y la fruta más sana ya sabemos que la pican los parvitos en el árbol. Por esto te digo...

—No te pongas asina, que m'a congojas.

—Si algún día... por tu culpa...

—rujió iracundo el tío Juanón—Y crispó los puños en alto como si agarrotase una obsesión trágica.

—Cualquiera que t'oiga pensará que yo no quiero a m'hija—arguyó la mujer con los ojos arrasados en llanto.

—Meños que yo.

—Porque tú lo dices. ¡Hija de mi alma!

Y así, poco más o menos, terminaban estas escenas, que no tenían otro fundamento que el vano recelo del padre, siempre temeroso de perder un tesoro que él mismo aseguraba no merecer.

Precisamente este día, de vuelta de la plaza, donde hemos visto cómo trabajaba nuestro hombre, suscitóse la discusión en tonos más agrios, aunque con la misma falta de fundamento, lo cual que, al darse de ello cuenta Guadalupe, irrumpió en la alcoba y, colocándose frente al padre, que se apoyaba en el tablero de la cama, le dijo, cariñosa:

—¿Se puede saber a qué viene esto? Los dos me quieren ustés lo mismo y yo los quiero a los dos igual; de modo que se acaló la porfía.

—Es que tu padre...—murmuró Tomasa.

—Lo sé—interrumpió la hija—; mi padre, de tanto como me quiere, ha dado en la manía de que podía perderme; pero no va por ahí, no, señor; que yo sé lo que me hago, y por na del mundo les diera a ustés un disgusto. Que el lujo y el vicio no me tiran y tengo la cabeza bien sentá.

—No es eso—arguyó pesoso el padre.

—Ese es el miedo que usté tiene, y yo le digo que ley de maldad no tengo, y que si está de Dios que he de ser desgraciada, lo seré porque m'equivoque de cariño, que los hombres no se dan a cala como los melones, y suelen salir malos cuando ya no tie remedio. Y estas son mis dudas. Porque de otra cosa, gracias a Dios, estoy libre, en buena hora lo diga, y el Señor no vea orguyo en mis palabras. No lo orvide usté, padre: si algún día soy desgraciada no ha de ser por mi culpa; es que será ese mi sino.

—No lo quiera Dios—sollozó Tomasa.

—Eso también lo veríamos—exclamó respetuoso el tío Juanón.

—No pensemos más en eso, qu'hoy es fiesta—concluyó diciéndole Guadalupe.

Y, echándoles los brazos al cuello, fundiéronse los tres en un abrazo.

Preocupaba sobremanera a Guadalupe la fiesta de la noche, que habría de poner juntos, cuando no frente a frente, a los tres hombres que con mayor porfía habían demandado su cariño y a los cuales ella se sentía inclinada. Le gustaba Pedrillo, un muchacho cabal, sin otro defecto que la rudeza de su trato y la modestia de su vivir; pero se habían criado juntos y conocía la lealtad y la nobleza de su alma; a pesar de lo cual y de que el padre no le ponía mala cara, no acababa de llenar las aspiraciones de la moza, que se sentía mujer de otro rango al mirar a las personas de en al rededor. El otro pretendiente nombrado era Paco Retamares, hijo de un ricacho de Fresneda, guapo y de buena familia, aunque un poco presumido, como criado en ese ambiente de pretendida superioridad que la ignorancia y el servilismo forman en torno a los niños lugareños obesos.

Aunque éste era el candidato de la madre, no colmaba tampoco los deseos de la hija, que no había mucho en el carácter del mozo. «Si se dieran a cala!», había dicho más de una vez para

sus adentros Guadalupe; la que, presa entre esta duda y aquel deseo, había ido retardando el momento de la decisión sin rechazar y sin admitir a ninguno de los dos cortejadores, con lo que encendía más su pasión y en cierto modo les autorizaba para que, de día en día estrechasen más el cerco, como habían hecho cada uno por su cuenta, hasta llegar a intimarle la rendición de la voluntad con tan firme asedio sitiada.

Y el plazo para la rendición se cumplía en la fiesta de la noche, al término de la sanjuanada.

V.

Las fiestas populares tienen, por lo general, dos partes bien definidas: una, externa—la verdaderamente popular—, para la muchedumbre, y otra, más recatada e íntima, de la que sólo disfrutaban los organizadores y las personas de privilegio. Esta división nos la puso bien de manifiesto, años ha, la frase ingeniosa de un obispo extremeño, varón docto y de sólida virtud, el cual, a la hora del refrigerio con que lo obsequiaban en la sacristía de una parroquia rural, después de una solemne fiesta votiva, decía con singular gracia: «Aquí tenemos la desigualdad de siempre: al pueblo, *Te Deum*, y a nosotros, *Te... con pastas*». Es justo reconocer la exactitud de la observación, y no será ocioso aclarar que las pastas de los tés episcopales, en pueblos de Extremadura, suelen ser cabeza de jabalí, rodajas de lomo en vela y lonchas de jamón añejo.

A las once de la noche había terminado en la plaza de los Carros la primera parte de la sanjuanada, espléndida de animación y de alegría. Niños y mozalbetes habían brincado a su gusto de una parte a otra de la hoguera; las niñas habían levantado una neblina polvorienta jugando a la comba y al corro; la gente moza había valsado de lo lindo, con las caras más juntas y los talles más ceñidos que antes—¡delicioso progreso pueblerino, escándalo de las abuelas!—, y las mujeres casadas y algunas solteronas de buen humor habían sacado a sus parejas y bailado el típico fandango, primo hermano de las manchegas y primo segundo o tercero de las sevillanas, o *seguiriyas*, como se conocen en el pintoresco léxico popular.

La iluminación y el adorno de la plaza correspondieron a la actividad y al entusiasmo desplegados en los preparativos; pero el éxito más rotundo fué para la iniciativa de los fuegos artificiales, aumentados por la generosidad del pirotécnico, que vino a parar precisamente en la posada del tío Juanón, y que, halagado en el trato por el posadero, separó para éste una fuente luminosa y un girasol monumental, que, con otras muy vistosas piezas, trafa para el Ayuntamiento, con lo que vieron los vecinos del barrio antiguo más gratamente sorprendidos, y la alcaldesa y su marido algo mortificados en su vanidad.

La Comisión organizadora y su

presidente, el tío Juanón, habían hecho los honores con afectuosa esplendor, y hubo tintillo, sangría, frituras y dulces finos para cuantas personas de su amistad o conocimiento acudieron a la fiesta. Hasta don Alberto, el párroco, acompañado del médico y del juez municipal, hicieron acto de presencia y felicitaron a los entusiastas mantenedores de la sanjuanada típica.

La orden del alcalde de que no se disparase en la plaza de los Carros un solo cohete después de las once de la noche—hora en que debían empezar los fuegos en la plaza de la Constitución—, precipitó el final de lo que hemos convenido en llamar la primera parte de la sanjuanada, porque el público de curiosos y no pocos vecinos del barrio se trasladaron a la plaza principal, donde se les ofrecía nueva ocasión de apreturas y esparcimiento. De modo que al punto de las once sólo quedaban, en torno a la extinguida hoguera, la Comisión organizadora con las familias respectivas y los amigos e invitados de mayor intimidad, entre ellos Pedrillo y Paco Retamares, a los cuales retenía la presencia de Guadalupe, que esta noche estaba más hermosa que nunca, con su traje claro de batista, el pañuelo de espuma sujeto al talle, una diadema de flores aprisionando el moño, y en el pecho un manojo de claveles, nerviosos por asomarse a la blanca cura del escote. No era difícil, sin embargo, adivinar la turbación de su espíritu en la nubecilla de tristeza que empañaba la alegría de sus ojos.

—¿Qué te pasa, mujer?—se atrevió a preguntarle don Pascual.

—No he visto criatura más poco amiga de diversiones—se adelantó a responder la madre.

—No sé qué tengo, que no me encuentro bien—afirmó Guadalupe, que dió expresión de angustia a su semblante.

—Eso no es na—dijeron casi a un tiempo Pedrillo y el forastero.

—Ahora se te quita en cenando—agregó el padre.

Y la reconvinó cariñosamente, agregando:

—Y no bailes más esta noche.

A lo que asintieron los presentes, con excepción de los jóvenes enamorados.

Con efecto; durante todo el baile había pasado Guadalupe de los brazos de Pedrillo a los de Retamares, y de los de éste a los de Pedrillo, los cuales sostenían un pugilato galante que cada uno esperaba rematar en el monopolio y acaparamiento de la moza, la cual pudo darse cuenta del extremo a que había llegado la rivalidad de los galanes y del peligro que implicaría el optar por cualquiera de los dos.

Mientras bailaban se les había visto sostener un insistente diálogo; tiernos y suplicantes, ellos; fría y desdenosa, la dama; y cuando al cesar la música se descomponía el grupo, acentuaba más aun Guadalupe el movimiento de cabeza, negativo y enérgico, yendo a sentarse entre las amigas o al lado de su madre. Y en este torneo amoroso transcurrieron las

horas, sin que ninguno le arrancase la promesa de que saldría más tarde a la ventana. El último baile correspondió a Retamares, que recibió la última enérgica negativa.

—Acabará por mandarte a paseo—la reconvinó Tomasa, al oírlo, cuando llegó a su lado la hija—, y ese hombre es el que te conviene.

—Déjeme usted, madre—respondió en el mismo tono Guadalupe—. Cualquiera sabe lo que me conviene.

Se sucedieron unos segundos de silencio, hasta que se oyó la voz prepotente del veterinario, que preguntaba:

—¿Se cena?

Y en medio de gran algazara, el posadero empezó a dar las instrucciones propias del caso.

Con los preparativos de la cena renació la alegría entre los reunidos, que se repartieron por grupos en mesitas dispuestas alrededor de una más grande, reservada para los individuos de la Comisión, sus familias y los invitados, y poco a poco fueron saliendo de los atadidos las clásicas tortillas de patatas, las chuletas y piernitas de cordero, el lomo, los chorizos y el jamón—toda la invitante variedad de fiambres de la tierra—, que avivaban el apetito de los verbeneros. Y mientras empezaban su cometido los cuchillos de cocina y las navajas cabriteras, el veterinario, con un oficial de la herrería, escanciaban de las botellas puestas a refrescar en grandes lebrillos llenos de agua del pozo. El tío Juanón, que tenía que tomar algo caliente en todas las comidas, dió la orden de un armisticio general hasta que llegara el plato del día: un sabroso pisto de peces, hecho al estilo de los pescadores del Guadiana, con mucha salsa, para empapar bien el pan, y con su *poquino* e *picante* para hacer los honores al vinillo de Almendralejo.

Dió la casualidad de que el día anterior hicieran alto en la posada unos arrieros de La Zarza, con carguío de bogas y otras variedades guadianesas; y como en el verano estas sorpresas son poco frecuentes, adquirió el tío Juanón media banasta de pescado y perdonó la vida hasta el día siguiente a los borregos dispuestos para la caldereta. El acuerdo fué muy del agrado de los comensales, que entonaron un coro de alabanzas, no bien les dió en la nariz el olorillo del guiso, que sacaban Pedrillo y un mozo del mesón, cogidos a los extremos de un mango de bielda pasado por el asa del caldero.

En menos tiempo que los pescadores tendieran la red, pasaron los peces y la salsa a los estómagos de los comensales, que entre presa y trago tenían un comentario laudatorio para la iniciativa del posadero y para el rumbo de la Comisión. Siguió luego el desfile de fiambres, que cada vecino llevaba de su repuesto, y de las provisiones preparadas por los organizadores, las que excedieron del más exagerado cálculo, hasta el extremo que sobró de toda cla-

se de viandas, después de las que se estropearon y de las que se repartieron a la gente pobre del barrio, según vieja costumbre, algo caída en desuso. Surgió a continuación el gazpacho, cuya aparición fué saludada con una salva de aplausos por los comensales puestos de pie, no sabemos si para aplaudir más cómodamente o para que, viniendo el estómago a su natural posición, se hiciese en él un hueco donde recibir el manjar veraniego por excelencia.

Se trataba de un gazpacho ilustrado con pepinos, tomate y pimienta en abundancia, con tajadas de conejo asado, trozos de huevos duros y otras *porquerías* por el estilo. Así se explica que no se apurase el hondo barrefío y que resultasen menospreciados los postres: dulces, quesos del Casar, higos de Hinojosa, manzanas de San Vicente y hasta unas uvas tempranas que don Pascual había recibido de un pariente suyo de Villanueva. Se agotaron, en cambio, las provisiones de vino y, a última hora, hubo que buscar repuesto para convidar al tío Clavel y a la caterva de gitanos que con él se acercaron al grupo, después de practicado el supersticioso rito de las abluciones en el viejo pilar de la plaza; a todos los cuales obsequió también con cigarrillos don Pascual, relacionado con ellos por razón del oficio.

Cuando a los chistes y cuentos picarescos y a las bromas ocurrentes o punzantes iba reemplazando el principio de modorra que acompaña siempre a las digestiones difíciles, propuso el elemento joven que se reanudara el baile, a lo que se opusieron las personas graves y de respeto, pues era demasiado el calor de los estómagos y el de la sangre para aumentarlo con el sofoco de la danza.

—Voy a darles una copa de resolio—intervino, mediadora, la señora Tomasa.

Y añadió, ya en dirección a la casa:

—Lo ha hecho mi Guadalupe.

—Bueno debe estar entonces—contestó don Pascual.

—Pa chuparse los deos—agregó el de Fresneda.

—Pa chuparse el deo n'hace falta resolio—remató irónico el posadero, el cual, para desvanecer el mal efecto de sus palabras, se volvió a su mujer, que regresaba con el obsequio, diciéndola: «Dales que prueben esa gloria.»

—Traiga usted, madre—dijo, cogiéndole la bandeja Guadalupe, que aprovechó la oportunidad para levantarse (pues estaba nerviosa desde que, a los postres, se le sentó junto el de Retamares).

Y en las copas de color rosa, con filete dorado, que no salían del chinero mas que en los *disantos*, dió a beber el casero benedictino a la ahita concurrencia.

—Sí qu'es gloria—dijo relamiéndose don Pascual.

—Y la echadora es un'alhaja—agregó orgulloso el tío Juanón.

—Yo me chupo el deo, pero es asina—siguió Pedrillo, riéndose y llevándose a la boca el dedo índice, que había mojado en el li-

cor derramado en la bandeja y acercado a los labios de la moza.

—No seas ganso—chilló Guadalupe, esquivando, graciosa, el encuentro.

—¿También vale eso?—preguntó, farruco, el de Fresneda.

—No, señor; no vale—repuso la joven, con voz más dulce que la copa que le ofrecía.

A todo esto, los demás contrituos porfiaban con el tío Juanón para que les contase alguna leyenda de las muchas que sabía de la noche de San Juan, a lo que se resistía nuestro hombre con este sencillo argumento:

—Las viejas leyendas son, por lo general, historias de celos, de rencores y de sangre, que no deben traerse a cuento, si no es pa enseñanza, y no es ocasión d'eya cuando el vino nos pone fuego en las venas y neblina en el sentío y en los ojos; de modo qu'echaremos una coplita y nos iremos a buscar el día de mañana, que también jorgaremos y habrá música, baile y caldereta.

Dicho lo cual, agarró la guitarra, que a su derecha tenía, y sin pararse a templarla se arrancó, para dar ejemplo, con esta soleá:

Nohecita de San Juan,
toas las mozas solteras
se sueñan con la enramá.

Cortó la algarazara de los aplausos la voz recia de don Pascual, pareciendo la copla:

Nohecita de San Juan,
cuántos que casarse viste
se quisieran descasar.

Inió el abucheo, entre las señoras, la propia veterinaria, y siguieron las risas de los camastrones.

—Ayá va la mía—gritó Pedrillo, que cantó bien entonado y con estilo:

Yo tengo plantao un queré:
el queré n'ha florecío.
¡Y con yanto lo regué!

Percibióse un murmullo de aprobación, y luego el contrapunto del veterinario, que canturreaba:

Quien d'amor a una zagala
y echa agua en una criba,
pierde tiempo y pierde agua.

—Que cante Paco—oyóse al fondo de la reunión.

Y el muchacho, que ya estaba prevenido, lanzó el siguiente lamento, sin hacer caso alguno de la guitarra:

Malhaya mi corazón,
que s'está muriendo a chorro
y no encuentra compasión.

Puso Retamares tan marcada intención en el cantar, que las miradas fueron a clavarse en Guadalupe, la que con la cara encendida como una amapola, abrió la espita del enojo y cantó así, con desgaire:

Dejarme con mi queré,
que cuando yegue mi hora
a un hombre se lo daré.

Se produjo un silencio angustioso que dejó oír distintamente la nueva falseta con que el tío Juanón preludiaba la última co-

pla de la noche, que dijo con entonación solemne:

Nohecita de San Juan,
qu'a otro año los presentes
te podamos festejar.

De pie oyó el cantante las palmas de la concurrencia, y acto seguido entregó a su hija la guitarra, y pronunció la despedida de ritual:

—Ahora, a dormir, que mañana, a las nueve, es la función en la parroquia; con qu'hasta mañana.

Y comenzó lentamente el desfile. Guadalupe, seguida a uno y otro lado por Pedrillo y Paco Retamares, aceleró el paso en dirección a la casa, y todavía, al traspasar el umbral, advertíase claramente el movimiento de su ca-

da de follaje al cuello, y en la mano derecha un palo o cayada (excepto los músicos, que lo sustitúan con el acordeón o la guitarra), y en menos de un cuarto de hora estuvieron aquellas organizadas y desfilaron a los desacordes de un pasacalle flamenco, que a tal hora y en tal noche no era posible exigir a los músicos primores de ejecución. La última en partir fué la del barrio antiguo, varios de cuyos individuos estuvieron colocando la enramada en la ventana de la novia, y fué entonces cuando notaron la falta de Paco y de Pedrillo, la que no dejó, por cierto, de extrañarles.

Mientras tanto, Guadalupe no llevaba trazas de pegar los ojos en toda la noche. Se había dejado caer sobre la cama, no más



beza, negativo y enérgico. Detuviéronse a un tiempo los rivales, cruzaron una mirada de rencor y echaron a andar con rumbo opuesto.

Media hora más tarde los mozos del mesón habían retirado el menaje verbenero, y la plaza vieja de los Carros quedó en el más completo reposo.

VI

Hasta tres rondas se formaron este año, una por cada barrio, y acordaron los directores salir a a misma hora de la plaza vieja para reunirse, de dos y media a tres, en la de la Constitución, de donde se retirarían a descansar. Poco después de la una empezaron a llegar por todos los lados mozos rondadores con la guirnal-

quitarse el vestido nuevo y poner las flores en un vaso con agua, sobre la cómoda, a los pies de un Niño Jesús, que sonreía, molettudo, sosteniendo en la mano un globo azul, rematado en una pequeña cruz dorada. La imaginación le había reconstruido las escenas todas del día, y en el oído y en la memoria se le habían quedado impresos el tono y las palabras con que ambos le juraron que acudirían con la enramada. Por eso, cuando en la plaza sonaron los primeros pasos, la moza se incorporó en el lecho, dirigió al Niño bondadoso una mirada de oración y quedó inmóvil, con expresión de angustia. Con menos ruido fuera, habríase podido percibir el martilleo isócrono de la sangre en el pecho y en la frente de la joven, que tenía los ojos

desorbitados por la fiebre de la espera.

Porque Guadalupe esperaba; contra su voluntad o por fuero de ella, temiéndolo o deseándolo, pero esperaba. Así se explica que al extinguirse la postrera copla y alejarse en tropel los rondadores, ella seguía escuchando atenta, con miedo y con ansia de percibir nuevo rumor de pasos, y cuando su ansiedad no encontró eco en la calma de la noche, ni en la tranquilidad del mesón, echó pie a tierra y, velando un poco sus desnudeces, abrió con tiento la ventana para asomarse al exterior.

Caía sobre la plaza la serenidad de la noche, que no llegaba, sin embargo, a su espíritu conturbado por honda inquietud, que al cabo estalló en un sollozo al mirar la enramada en las ventanas de las amigas, mientras la suya permanecía desairada, con todo y tener dos galanes la dueña. Cerró entonces los cristales y fué a ocultar contra la almohada su rubor de mujer preterida. Y continuaron lentos los segundos en la calma silente de la alcoba, turbada apenas por el nervioso rebullir del cuerpo de la joven sobre el lino de las sábanas...

Eran más de las tres cuando nuevo rumor de pasos la hizo saltar otra vez del lecho y dirigirse a su observatorio, desde donde vió a Pedrillo que tranquilamente, y con la enramada al brazo, venía en dirección a la casa. Vistióse rápidamente una bata, que cogió de sobre la silla, y con los cristales entreabiertos esperó que aquél estuviese cerca para gritarle, trémula de emoción:

—¡Vete, Pedrillo! ¿A qué vienes?

—A cumplir la palabra—contestó resueltamente el muchacho—. Te juré que vendría con la enramá.

—Gracias; pero ¡vete, por Dios!—suplicó la moza.

—¿Pa gorvé luego?—preguntó anheloso él, mientras entreteja la guirnalda por los barrotes de la reja.

—Bueno..., sí...; pero ahora, ¡vete! Y lanzando un grito de horror cerró de un golpe las dos hojas vidrieras y empezó a dar voces de auxilio por el interior de la casa.

Sacó de su asombro a Pedrillo la voz de Paco Retamares, que llegaba hasta él, diciéndole con fanfarronería:

—A traición tenía que ser.

Y dió un tirón de la guirnalda. —A traición, no: cara a cara—contestó, sereno, Pedrillo—. Y, también cara a cara te mato, si gúerves a tocá la enramá.

—Atrévete, si tienes coraje—le retó Paco, tirando otra vez de la guirnalda y pretendiendo colocar la que él traía.

—Te mato o me matas; pero lejos de aquí, donde naide venga a separarnos.

Y tirándole al suelo el ramo de follaje, se lo llevó desafiado plaza arriba. Al rato, Guadalupe, después de poner en movimiento a la gente del mesón y de componerse un poco más el tocado, se echó, como loca, a la calle en busca de los rivales.

Al doblar la segunda esquina,

como Pedrillo sintiese cerca la carrera y los gritos de la joven, dijo, haciendo un alto, a su enemigo:

—Ahora mismo, ponte en guardia.

Abrió su navaja de tres muelles, se colocó en el brazo izquierdo la chaqueta que llevaba sobre los hombros y esperó tranquilo que el contrario le tirase el primer envite. Y entablóse un violento cuerpo a cuerpo brutal, salvaje, inhumano, aunque sin la bárbara complicidad del médico, el juez de campo y los padrinos.

Habían recibido las chaquetas varios tajos y un rasguño en el hombro el de Fresneda, cuando apareció jadeante Guadalupe y se abalanzó sobre Pedrillo, parándole el brazo en el aire y gritando:

—No, Pedro; por mi culpa, no.

Lo que bastó para que los mozos depusieran su actitud.

—¡Maldita sea!—refunfuñó todavía este, acariciando la navaja de tres muelles, la que arrojó violentamente contra el suelo, así que vió ensangrentado el brazo izquierdo de la muchacha.

—No es nada—se adelantó a decirle Guadalupe, mostrándole el brazo herido.

Sacó luego del bolsillo de la bata un pañuelo de hilo, que Pedrillo le anudó más arriba de la muñeca, y fué, al apretarlo, cuando cambiaror la pareja su primera mirada de cariño.

Paco Retamares sólo se atrevió a decir:

—Perdóname, Guadalupe, que haya sido por mi culpa.

En esto llegaron la gente del mesón, y mientras las mujeres, enteradas de que el lance no había tenido consecuencias, se llevaban a la moza, el posadero trataba de inquirir nuevos detalles de lo ocurrido.

—¿Guéno; ¿qu'ha pasao?—preguntó a los dos rivales a un tiempo.

—Que se lo diga ese—repuso Pedrillo—. Yo voy a avisar a don Elías, por si acaso.

Y a carrera abierta salió en busca del médico.

—No ha pasao na y ha podido pasar mucho—decía Retamares al tío Juanón, camino de la plaza—. Quería yo, de ley, a su hija, y también le hacía el amor Pedrillo, y como eya no s'adeterminaba, los dos nos creíamos con derecho, y yo más, porque l'ofrecía otras comodidades. Y, lo qu'ocurre, qu'anoche, con dos copas de más en el cuerpo, quedamos esafios pa poner la enramá, lo cual qu'él s'adelantó, y cuando al yegar lo ví pegao a la reja, me subió un golpe de sangre a los ojos y me rechinaron los dientes de rabia. En aquel inte lo hubí matao, tío Juanón, aunque luego m'hubí pesao. Tuvimos unas palabras, nos vinimos p'arriba, y nos habíamos tiraos unos viajes cuando yegó Guadalupe, que se fué a él y lo sujetó, y de aquí a na yegó usted, y lo demás es sabido. N'ha pasao más sino que yo he comprendido que su hija está por Pedrillo, qu'ojalá lo hubí visto antes y me hubiera evitao disgustos.

—Así mismo lo vas a contar,

cuantito que yeguemos—dijo el tío Juanón—, antes que la gente se venga con fantasías y leyendas; que los lances en que hay mujer son mu serios y las cosas de las hijas duelen mucho.

—Como usted quiera.

—Y mandamos recaer pa que no te esperen y pasas el disanto con nosotros.

—El recaer lo yevaré yo mismo, que no tengo ya na qu'hacer en Olivares.

En estas pláticas llegaron a la posada, donde, a pesar de la hora, encontraron el patio lleno de curiosos. Se presentaron a poco Pedrillo con el médico y detrás el señor cura, que venía de la misa del alba, oportunidad que aprovechó el tío Juanón para que los reunidos escuchasen el relato que acababa de hacerle Retamares, el cual lo repitió, sin quitar ni añadir palabra. Y con esto y unas palabras del cura, recomendando a los zagales que no cometiesen excesos en la fiesta del día, comenzó animadamente el desfile.

VII

La herida de la posaderita no tenía importancia, a juicio del médico, que la desinfectó y vendó con esmero. Ni siquiera habría que dar parte al Juzgado.

Cuando después de la fiesta de iglesia pudieron hablar un momento a solas los enamorados a la puerta de la posada, dijo Pedrillo a su novia:

—Y tú tirabas a salvar al otro, sujetándome el brazo.

—Tiraba a salvarte a ti de la cárcel—repuso Guadalupe, coloreándose las mejillas—; la suerte del otro me importaba menos que tu separación. Perdóname si hasta ese momento no lo vi claro.

—Perdonarte yo, cuando estás herida por mi culpa—terminó entusiasmado Pedrillo.

Y coziéndole el brazo, lo besó más arriba de la venda, en el momento en que al fondo del pasillo la posadera se anunciaba con unas toses importunas.

Fernando GARCÍA JIMENO

RENACIMIENTO

En mí sonriendo asoma
el viejo Renacimiento,
ungido con el aroma
de Angélico en el convento
y del Aretino en Roma.

Oigo el son lento y suave
que aquel elegante y grave
caballero del Tiziano
toca, tranquilo, en la clave,
ante un desnudo pagano.

Cuerpos de tallo y de flor,
no el viento, sino el amor,
riza la gasa ligera,
¡oh, Sandro!, y alrededor
tu dorada Primavera.

Suspira en sus flores Flora;
Apolo su luz irradia;
ríe la flauta sonora;
es que despuntó la aurora
en un otero de Arcadia.

En el exilio toscano
ha renacido cristiano
el cincel de Policleto,
y a Petrarca, en un soneto,
Platón le guía la mano.

Del claustro en que fué escondida
surge la antorcha encendida
de los símbolos de Hesiodo...
Vuelve la vida a ser vida
y la belleza lo es todo.

Igneas auroras sensuales,
audaces curvas de senos,
estameñas monacales,
agonías de venenos,
relámpagos de puñales.

Era en Asis el cilicio
del Panteísta celeste.
Era de oro y de arte el vicio;

y el amor llevó en su veste
el rojo cardenalicio.

La dulce sirena, esquiva,
al Vaticano se entrega;
eterna estética griega
que labra la Piedra viva
que su gran principio niega.

Regias columnatas jónicas,
que holló la austera sandalia...
Burlas, sonrisas irónicas...
Cuerpos de líneas armónicas
desnudos al sol de Italia.

La mano ungida y bendita
abre rosas en el cieno,
Brotó del mar Afrodita,
y el papa Borgia la excita
con su faz de fauno heleno.

En naves, del ponto gala,
el genio su rumbo pone
al oasis que señala,
con etérea mano de ala,
la Dormiente de Giorgione.

Palpita el ritmo sonoro
del paganismo de oro
que en la clara Italia cae
como el deshecho tesoro
que fecundiza a Danáe.

La Iglesia es aristocracia.
La túnica nazarena
ostenta toda la gracia
del ropaje de la helena
Victoria de Samotracia.

... Murió el día en el otero;
irguióse negra y vesánica,
nublado un áureo lucero,
la fea sombra germánica
de Lúfero.

Antonio ARISTOY

EN DEFENSA DEL IDIOMA

Un índice expurgatorio

Ejemplos de fuera

La necesidad de defender nuestra lengua de la constante intrusión de palabras y giros que la desiguran y empobrecen, es tema de gran actualidad, en estos momentos, en Filipinas, Cuba y Puerto Rico.

No hace muchos días se inició en Manila una campaña fervorosa en favor del idioma español, cada día mas restringido por el influjo que van adquiriendo allí otras lenguas extranjeras. Lo mismo aconteció en Cuba y en Puerto Rico.

Notables escritores de las tres hijas espirituales de España han emprendido una loable empresa de depuración de nuestra habla, cosa que debe enorgullecernos en alto grado.

Entre los que van a la vanguardia de tan hermosa campaña, figuran el periodista portorriqueño Sr. Semprún, la batalladora publicista Eva Canel y el notable escritor Antonio Escobar.

He aquí, para regalo de nuestros lectores y para estímulo de todos los que se dedican al cultivo de las letras españolas, algunos párrafos de un precioso artículo del Sr. Escobar, publicado en el *Diario de la Marina*, de la Habana.

«Se pide constantemente que se mejore la enseñanza de la gramática y de la retórica, esta última tan descuidada hoy, que son muy contados los alumnos que la estudian.

Pero esta enseñanza, a la cual deben acompañar buenas lecturas, no bastará para defenderlos de los extranjerismos cuando salgan de la escuela. Y aquí es donde se requiere la acción de los periódicos, que son muchísimo más leídos que los libros, y por esto contribuyen poderosamente a la formación. Y también a la deformación del lenguaje.

Lo primero que pueden hacer es predicar con el ejemplo: los diarios grandes y ricos pueden tener correctores de estilo que no dejen pasar los anglicismos y los galicismos.

Se pueden insertar, si no en todos los números, con cierta frecuencia, lista de extranjerismos, a las cuales se irán agregando los nuevos que aparezcan. Esto será una especie de índice expurgatorio que tendrá bastante eficacia.

Cuando algún personaje político o alguna notabilidad literaria o científica delinquiese, estaría bien hacerlo constar en letras de molde.

Pienso que el folletín sería un buen medio de acción, por lo muy leído que es. Sin dejar de publicar novelas extranjeras—bien traducidas, por supuesto—, convenría dar el mayor número posible de españolas, prefiriendo los autores que escriban en castellano puro.

Y otro medio sería publicar todos los días un trozo escogido de algún buen poeta o prosista castellano, cuanto mas viejo, mejor.



CARLOS GOPPEL
FABRICA DE RELOJES

